MENSAJE DEL MINISTRO GENERAL A LA FAMILIA TRINITARIA CON OCASIÓN DE LA SOLEMNIDAD DE SAN JUAN DE MATA Y DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

B. S. SS. T.

Estimados hermanos y hermanas:

Que mi más cordial y fraterno saludo llegue a todos vosotros, miembros de la Familia Trinitaria.

El pasado 4 de octubre, Su Santidad el papa León XIV nos ofreció, como un auténtico don, su primera Exhortación Apostólica, titulada *Dilexi te*. Con inmensa alegría hemos constatado que el Sumo Pontífice ha dedicado nada menos que cuatro números —del 59 al 62— al tema de la liberación de los cautivos. En ellos ha presentado el carisma de nuestra familia religiosa como modelo de este compromiso, y lo ha propuesto a la Iglesia universal como ejemplo de una caridad que libera de toda opresión. El carisma de San Juan de Mata ocupa, pues, un lugar de máxima relevancia en la dilatada tradición histórica de amor hacia los más menesterosos.

En efecto, dicho carisma evoca la dimensión liberadora de la caridad: «*La caridad cristiana, cuando se encarna, se convierte en liberadora. Y la misión de la Iglesia, cuando es fiel a su Señor, es siempre proclamar la liberación*» (*Dilexi te*, 61). Su pujanza y su vitalidad continúan inspirando «*nuevas formas de acción frente a las esclavitudes modernas*» (*Dilexi te*, 61).

Deseo expresar, en nombre de toda nuestra Familia, la más profunda gratitud a Su Santidad por este admirable don que nos ha ofrecido: para nosotros no solo es motivo de merecido orgullo, sino también de impulso y estímulo para ser en el mundo signo manifiesto de la fuerza liberadora del amor de Dios Trinidad.

Esta carta quiere ser, más que un comentario a las palabras del Pontífice, una reflexión sobre nuestra vocación específica de pobreza y de servicio a los pobres, conforme al carisma de San Juan de Mata. La Regla de San Juan de Mata nos alecciona para vivir, de modo práctico y concreto, el misterio de la Trinidad, que es fuente, modelo y fin de nuestra misión para con los pobres y los cautivos. El amor al pobre, antes de ser un ejercicio de justicia, es una expresión de fe, y una consecuencia de nuestra participación en el misterio del Dios uno y trino.

Sine proprio vivant: Pobres como los pobres

En la Regla primitiva, la pobreza no es una mera forma de ascesis personal, sino una condición esencial para poder llevar a cabo la misión redentora. La invitación a vivir una existencia sobria, sin excesos, libre de la codicia y de la avidez de poseer, es la premisa indispensable para comprometerse con los pobres y con los cautivos. La sobriedad se convierte en un rasgo distintivo: los hábitos, la casa, la comida, los templos y la forma de ejercer la misión; todo debe llevar la impronta del servicio humilde y generoso. Esta apremiante necesidad nos exige un estilo austero y sencillo, para que todas las facultades humanas y los recursos materiales se destinen a los pobres y a la redención de los prisioneros. La renuncia a los bienes terrenales no es un fin en sí misma, sino que está siempre al servicio del proyecto de caridad y redención. El hecho de vivir *sine proprio* (sin nada propio) según la Regla Trinitaria se refleja en el modo de compartir los bienes, eliminando toda forma de privilegio o diferencia en el seno de cada comunidad. Aquel principio de igualdad en la dignidad, que emana del misterio de la Santísima Trinidad, encuentra aquí su expresión. La pobreza vivida según el espíritu de la Regla Trinitaria es principio de libertad interior, a la vez que genera comunión y fraternidad. Por todo ello se convierte en signo de la comunión trinitaria, que se manifiesta en un estilo de vida abierto al don y no encerrado en la posesión.

Domus Sanctae Trinitatis et captivorum: Pobres con los pobres

La pobreza vivida comunitariamente se transforma, según la Regla Trinitaria, en atención y acogida de los pobres. Por ello, la *Domus Sanctae Trinitatis et captivorum* (Casa de la Santísima Trinidad y de los cautivos) se convierte en un

espacio abierto a la hospitalidad, donde los pobres, los enfermos y los cautivos rescatados pueden reconstruir su vida. Para este servicio, la Regla Trinitaria prevé que haya *«un fraile de entre los más prudentes y benévolos»* que sepa escuchar y ofrecer el consuelo de la caridad (RT 17). En consecuencia, la primera forma de caridad es la escucha y la cercanía. *«A través de los siglos, en perfecta sintonía con este espíritu fundacional, la Casa de la Santísima Trinidad ha sido casa del pobre y del marginado, un lugar donde se curan las heridas del cuerpo y del alma, y todo ello con la oración que, como bien decía vuestro Santo Reformador, es una medicina mejor que muchos remedios, y también con la dedicación incondicional y el servicio desinteresado y amoroso»*[1].

Existe una profunda relación entre pobreza y hospitalidad. La raíz de la pobreza evangélica está, en efecto, en la renuncia a sí mismo, para abrir espacio a los demás. La casa y el corazón de los hijos de San Juan de Mata se convierten en lugares acogedores, en los que los pobres no se sienten forasteros, sino parte de la propia familia, miembros de la *Domus Trinitatis*, y, por ende, son objeto de consideración, amados y acogidos como hermanos. Así imagino yo nuestras comunidades y fraternidades.

La pobreza y la hospitalidad no son dos virtudes separadas, sino dos caras de la misma caridad redentora. Si la pobreza vacía las manos, la hospitalidad caldea y colma el corazón, no solo de quien es acogido, sino también de quien acoge.

La *Tertia pars*: Pobres para los pobres

La *Tertia pars* (tercera parte) es, sin duda, la expresión más innovadora y revolucionaria de la Regla Trinitaria. Podemos afirmar que representa *«el sello»* de nuestra familia religiosa. No se trata de un simple principio económico, sino de una norma evangélica, que expresa nuestra identidad y nuestra misión. Es una forma exigente y radical de caridad, que no deja cabida a componendas ni a excepciones.

La pobreza evangélica, que encuentra sus raíces teológicas y espirituales en la pobreza de Cristo en la cruz, es el primer instrumento de liberación de uno mismo y de los demás. Es preciso ser libre para poder liberar; así nos lo recuerda el lema de las Hermanas Trinitarias de Roma. En definitiva, la pobreza personal, vivida como compartición de los bienes, se convierte en ejercicio de servicio, de ofrecer no solo los bienes materiales, sino también la propia vida por los necesitados. Llama la atención en la Regla la concreción de nuestro Fundador, que nos recuerda que la caridad no es un ideal abstracto, sino que se transforma en

[1] FRANCISCO, Mensaje del papa Francisco al Ministro General de los Trinitarios con ocasión del VIII centenario de la muerte del Fundador, 17 de diciembre de 2013.

acción palpable: los bienes recibidos de la Providencia se convierten, en manos de los Trinitarios, en instrumentos de redención. Si la pobreza genera disponibilidad, la *Tertia Pars* pauta la misericordia.

Antiguas y nuevas pobrezas nos interpelan

La pobreza hoy, en efecto, reviste numerosos rostros y se manifiesta en múltiples formas: a la pobreza material se suma a menudo la pobreza moral —esto es, la pérdida del sentido del bien y de consideración del prójimo—, la pobreza afectiva y relacional, la pobreza cultural y la pobreza espiritual.

A las antiguas formas de esclavitud y de pobreza, se unen otras nuevas y cada vez más acechantes. Pobres son los migrantes, desarraigados de su tierra, de sus afectos, de la posibilidad de labrarse un porvenir y expuestos al riesgo de ser rechazados, excluidos y explotados en los nuevos países donde anhelan un futuro mejor. Pobres son los reclusos, que a menudo pagan un precio excesivamente alto en cárceles donde se hallan hacinados y sin que en muchos países se respeten sus derechos más elementales. Pobres son los perseguidos, privados del derecho más importante, fundamento y garantía de todos los demás derechos humanos universales e inviolables. Las persecuciones religiosas generan nuevas formas de pobreza y de exclusión social.

Pobres son todos aquellos que han caído en el abismo de las adicciones. Pobres son los numerosos jóvenes que no logran conferir un rumbo a su vida, por carecer de la brújula que suponen los valores evangélicos. Pobres son todos los excluidos y los marginados, las víctimas de las guerras y de cualquier forma de injusticia. Incluso los avances tecnológicos más recientes corren el riesgo de generar nuevas formas de pobreza y de exclusión.

Vivimos en un mundo donde ninguna de estas formas de pobreza manifiesta algún atisbo de remitir y donde, por tanto, nuestro amor y servicio redentor y misericordioso reviste una dramática actualidad, como nunca antes en la historia. De entre las formas de pobreza más angustiosas, las que más persistentemente nos interpelan son aquellas que pisotean la dignidad y la libertad de las personas. Son muchas las cadenas invisibles, pero no por ello menos insidiosas, que privan a muchas personas de su libertad y de su dignidad. Con la obra del rescate, la Familia Trinitaria se propone restituir esa dignidad perdida, que halla su fuente y su valor inestimable en el misterio de Dios Trinidad.

La pobreza evangélica, según el carisma trinitario, más que una condición o una categoría social, representa un estilo, un modo de ser y de vivir siempre volcado hacia los últimos y los necesitados, en particular hacia los más pobres de

entre los pobres, es decir, «*los más pobres entre los pobres, los que no sólo carecen de bienes, sino también de voz y de reconocimiento de su dignidad*» (*Dilexi te*, 76).

En tanto que miembros de la Familia Trinitaria, debemos reconocer nuestra común vocación a la pobreza, que se concreta de diversas maneras, atendiendo a nuestros diversos estados de vida, pero con la misma pasión. Estamos llamados a escuchar juntos el clamor de los pobres. Nuestro compromiso por los últimos nos convierte en protagonistas de la construcción de un mundo donde la paz y la justicia se abrazan.

****

Felicitación

Dentro de pocos días celebraremos la solemnidad de nuestro Fundador y la Santa Navidad: momentos de celebración y de comunión, pero también de reflexión y de compromiso. En la vida de San Juan de Mata encontramos un ejemplo concreto del amor que rompe las cadenas de la opresión y del mal. En el misterio de la Encarnación contemplamos el rostro de un Dios que se hace pobre, como nos recuerda San Pablo: «*Ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para que vosotros fuerais ricos por su pobreza*» (2 Co 8, 9).

Esta frase manifiesta plenamente la paradoja del amor divino: en la debilidad extrema y en la humillación, Jesús continúa revelándonos la infinita misericordia del Padre, dándonos el Espíritu Santo para que también nosotros seamos signo de la única riqueza que cuenta en la vida, la que nace del amor de Dios y conduce al amor hacia el prójimo. A través de los pobres, Dios continúa revelándose y llamándonos a ser auténticos testigos de caridad y redención.

A toda la Familia Trinitaria llegue mi felicitación, para que nuestras comunidades y fraternidades estén habitadas por la gracia liberadora de la pobreza evangélica.

Roma, 30 de noviembre de 2025
Primer Domingo de Adviento

fr. Luigi Buccarello O.SS.T.
Ministro General

P. fr. Luigi Buccarello O. SS.T.